



DIAS DE PRIMAVERA.

I



HERMOSA época del año esta época de la primavera! Ha llegado ya á nuestro hermosísimo valle la estación de las flores y de las brisas perfumadas, del canto de las aves y de las campestres alegrías. Los vientos, refrescados todavía por las últimas nieves del invierno, llévanse en sus alas las secas hojas de los árboles, esas hojas que fueron gala y adorno de la naturaleza; las golondrinas vuelven de sus viajes, y llenas de alborozo y de inquietud buscan el nido de sus últimos amores, en las ventanas, en las paredes de las iglesias ó en las escondidas grietas de las torres; las delicadas plantas de los jardines recobran su natural vigor y lozanía, para ostentar despues, en medio de sano verdor, rojos y encendidos claveles, blancas azucenas, frescas margaritas y rosas, tulipanes y jacintos; hínchase las yemas de los árboles, se cubren de verde alfombra los prados, la corona de plata de las montañas desparece cediendo su lugar á vistosas diademas de esmeralda, y todo, en fin, cambia y se transforma, y renace á una nueva vida.

El cierzo helado despojó á los bosques de su galano follaje; pero ahora viene la primavera á dárselos floridos y frescos, para que el viajero tenga sombra donde refugiarse del abrasado sol de medio día. Las fértiles campiñas, ántes tristes y amarillentas, vánse á ver ahora poéticamente engalanadas de diversas y pintadas flores; los vergeles en que sólo se oían susurros de enfadosos insectos, repetirán en sus altas bóvedas de verdura, el amoroso gorgo del ruisenor, el blando arrullo de la tórtola, el alegre canto con que otras aves saluden el nuevo día, y los melancólicos trinos con que se despidan de la tarde. Las mariposas, encerradas por tanto tiempo en su cárcel, al sentir las tibias caricias del sol de primavera saldrán gozosas y ufanas á disfrutar de la existencia, sumergiéndose en verdaderos océanos de dorada luz, vagando por jardines y llanuras donde liben la miel exquisita de las flores, y ostentando, en fin, ante grupos de candorosos niños, los colores de sus alas, haciendo alarde, al parecer, de su ligereza y dando giros caprichosos á sus vuelos. En las apartadas soledades donde ántes no se percibía ningún perfume, nos regalará ahora el aroma embriagador de la violeta, del azahar y la mosqueta; y allí donde había silencio, tristeza y soledad, reinarán luego el animador bullicio de la naturaleza, la alegría de los pájaros, las múltiples armonías y cánticos de la creación.—¿Quién, pues, no se regocija con estos días de esplendorosa luz? ¿Quién no se siente renacer á una nueva vida, cuando á su derredor todo florece y se reanima?

II

Los moradores de las ciudades, donde el polvo ahoga y molesta, el estruendo de los carruajes ensordece, el ruido aleja á las golondrinas, y las calles impiden ver el cielo, como las paredes de una cárcel; los moradores de las ciudades, digo, no saben á la verdad lo que es la llegada de la primavera, esta risueña y pródiga deidad que es la alegría del campesino; ni conocen tampoco las armonías con que se anuncia, las espléndidas galas con que se presenta, ni el lujo que despliega durante su reinado sobre la tierra. Para eso es necesario estar en el campo, en la montaña, en medio de bosques y hondonadas. Aquí todo es igual siempre, y no se disfruta de los goces inocentes y sencillos que ofrece la naturaleza: la agitacion continúa en que vivimos no nos permite ver los cambios y trasformaciones de la tierra en las distintas épocas del año; y además, hay otros cuadros y otras escenas que entretienen nuestra atención. Al aire embalsamado de los campos, parece que preferimos los vapores del vino, del tabaco y del café; á las risueñas y hermosas campiñas bordadas de flores, las ridículas y extravagantes decoraciones de un teatro; al canto melodioso y lleno de misterio de los pájaros, los irritantes acentos de una música sensual; y á las horas de meditacion á que convida la soledad de los bosques, las largas conversaciones con gente frívola y vana.

¡Cuán dichosos son en cambio los que viven

léjos de estos centros populosos, libres de las trabas que á nosotros tanto nos estorban para obrar bien y emplear las horas que tenemos de descanso en honestos entretenimientos! Allí es puro y sano el aire que se respira; las flores convidan á gozar de su perfume; las montañas ofrecen perspectivas majestuosas, y fácilmente se encuentran distracciones en las escenas más comunes, en los objetos más sencillos é insignificantes. Ir, pues, á pasar al campo la temporada de primavera, despues de haberse fastidiado en la ciudad, es indudablemente el goce mayor que se puede apetecer. ¿Quién no lo desea con ansia? ¿Quién no suspira un poco por tener otra vida, otras costumbres; ver otros objetos y tener distintos pasatiempos?—Las flores que aquí tenemos han sido plantadas y cultivadas en macetas, regadas por agua que ha traído un sirviente; han estado defendidas de los ardores del sol por gruesas cortinas de trapo, y ni el rocío de la noche ha fecundado sus cálices, ni la aurora les ha mandado su primer beso, ni las brisas de la tarde han agitado blandamente sus delicados pétalos. ¿Qué extraño, pues, que carezcan de perfume, de frescura y lozanía? ¿Qué extraño que sus colores sean pálidos y que apenas desprendidas de sus tallos, comiencen á languidecer y á marchitarse? No así las flores del gran jardín de la naturaleza: el calor del sol las fecundiza; el rocío del cielo las refresca; la luz aviva y enciende sus colores; el manso céfiro juega con sus hojitas, y les comunica animación y vida. Allí, no abierto aún el boton del nardo, del clavel, de la rosa de Castilla, perci-

bense ya sus delicados aromas; y las mariposas y las abejas pueden libremente gustar la miel escondida en su seno. En la ciudad jamás vemos la salida del sol, porque acostumbrados á desvelarnos todas las noches en frívolas diversiones, prolongamos nuestro descanso hasta pasadas las primeras horas de la mañana; nunca vemos tampoco la poética y melancólica caída de la tarde, ni escuchamos los trinos melodiosos de las avecillas que de ella se despiden, ni contemplamos las caprichosas figuras que nubes de oro, de grana y de violeta forman en nuestro horizonte. De nada de esto gozamos; todo pasa inadvertido para nosotros.

En el campo sucede lo contrario, y hasta parece que cambian nuestras condiciones físicas; pues instantáneamente nos sentimos bien, muy bien: se robustece nuestro cuerpo, se aligeran nuestros movimientos, y una actividad maravillosa se apodera de nosotros. Ya no hay en nuestros pasos aquella lentitud perezosa que nos robaba tiempo; ya no tiene nuestro rostro aquel color amarillento y pálido que nos daba el aspecto de enfermos anémicos, ni en nuestros ojos hay, por último, aquella enfadosa expresion de fastidio y de indiferencia. Todo esto desaparece bajo la saludable influencia de los aires puros, del aroma de las flores, de las encantadoras perspectivas que por todas partes se ofrecen á nuestra vista; dormimos poco, y nuestro sueño es tranquilo y profundo. Ningun cuadro campestre, ninguno de sus detalles queremos dejar de examinar.—Entónces, sí, el hombre se contempla rey de la creacion, y en medio del si-

lencio que lo rodea, llega á comprender que todo ha sido para él, para su beneficio y su deleite. Admirado ante la obra de Dios, sus labios pronuncian cánticos de gratitud y de alabanza. La majestad de los bosques y la grandeza imponente de las montañas; los astros que brillan en el cielo, la luna que alumbra el firmamento, los prodigios de la tierra; todo parece asociarse en feliz concierto, para recrear su espíritu y alimentarle de elevados y sublimes pensamientos.

III

Los alrededores de México son á propósito para pasar en ellos esta temporada. San Ángel y Mixcoac, Tlalpan y Coyoacan, con sus huertas y sus jardines, sus hermosas alamedas, sus quintas cómodas y elegantes, su cielo trasparente y purísimo, convidan siempre á buscar allí un ameno y delicioso retiro. Los vientos del Ajusco bajan hasta esos vergeles de flores, trayendo los olorosos perfumes de la sierra y la frescura de sus nieves que se derriten ya; las avecillas que han mudado de plumaje ensayan de nuevo sus cantos, siempre viejos y siempre agradables á quien los oye, y todo anuncia una época de ventura y de placeres.

¡Ay! al ver todo esto y presenciar los preparativos de las familias que van á pasar allí algunos meses, ¿cómo no suspirar por la vida doméstica, todos los que, como el autor de estas líneas, están lejos de su hogar y de sus paisajes queridos? ¿cómo no lamentar esta soledad en que vivimos, esta tristeza que nunca nos deja,

esta cansada monotonía con que se desliza nuestra existencia? ¿cómo no envidiar, por último, á los que van á deleitarse con las inocentes alegrías del campo, con las sombras de los huertos, con el apartamiento silencioso de escondidos sotos? ¡Y cuán deliciosamente debe deslizarse allí la vida! Ni teatros ni visitas de cumplimiento, ninguna de las exigencias que en la ciudad nos hacen esclavos de los demás, irán allí á turbar nuestro reposo: podrán dividirse las horas del día entre el estudio y la contemplación, entre la lectura de libros recreativos y largos paseos por lugares solitarios: se hallará gusto en cuidar las flores, en observar las costumbres de las aves y espiar sus amores: acaso se buscarán la paz y el silencio para evocar tiernos recuerdos y pensar en lo porvenir. . . . ¡Cuánto dirán á los espíritus reflexivos estos soberbios cuadros que presenta el valle de México! El Popocatepetl y el Ixtacihuatl con la cándida y eterna nieve de sus cumbres; los inmensos lagos, los huertos con sus flores y sus brisas, las montañas que rodean este paisaje sin igual, y que de lejos parecen de turquesa ó de esmeralda. . . . ¡Qué objetos todos de admiración y de regocijos íntimos!

Empero, ¿causan igual emoción en todos los ánimos, estos cuadros de la naturaleza?—Suelen los desengaños del mundo marchitar las flores de nuestras ilusiones, secar la sávia de nuestro corazón, entristecer para siempre nuestra alma; y al desaparecer de nuestro lado un sér querido, todo en el mundo nos parece árido y sombrío. La vida no tiene ya para nosotros aquel encan-

to, aquel atractivo que eran nuestro deleite: el cielo está sin astros, carecen de colores los paisajes, de esplendidez las montañas, de grandiosa suntuosidad el universo. Entónces queremos la soledad, las sombras, el silencio: en nada, sino en la meditacion de nuestro dolor, se ocupa el alma; en nada, sino en una plácida melancolía, halla sosiego nuestro espíritu. Huimos con miedo de la sociedad, temerosos de que nos ofrezca profanos consuelos y de que se burle de nuestro sentimiento y de nuestra amargura. ¿Qué puede en tales momentos alegrarnos ni entusiasmarlos? La naturaleza es, sin embargo, una amable amiga del hombre, y ella puede ir depositando lentamente en nuestra alma un tesoro de consuelos y de esperanzas dulcísimas. Nada hay eterno sino Dios, y ni el dolor ni la alegría han de acompañar siempre al hombre en su peregrinacion por la tierra. De aquí que el que sufre se sienta aliviado en cierto modo, al observar la resurreccion de la naturaleza en la primavera, despues de las hondas tristezas del invierno; y de aquí tambien que sienta henchido su espíritu de serenos goces, cuando en medio de las alegrías del universo abren su cáliz las flores, y cantan los pájaros, y las bulliciosas golondrinas, esas eternas amigas de los poetas, vienen á buscar sus antiguas viviendas.

En nuestro valle de México, donde la benignidad y dulzura del clima nos hacen vivir en una perpétua primavera, esos cuadros que tanto deleitan el ánimo, abundan por todas partes y á todas horas del día. Las mañanas son tibias y perfumadas, sin brumas ni nada que opaque su

diáfana serenidad. A lo léjos se divisan las montañas, destacándose sobre un cielo siempre azul y al parecer ornado de encajes.—En las calzadas y en los barrios lejanos percíbense los ruidos de la ciudad, confundidos algunas veces con las mansas vacadas, que á paso lento atraviesan los campos para regresar á sus abrevaderos y estancias.—A la mitad del día, los horizontes se aclaran más y más; pequeños y verdes bosques véense diseminados en la extension del valle, como frescos oasis que invitan al descanso; y por último, al caer la tarde, como si la naturaleza se sacudiera despues de la ardorosa siesta, renacen el movimiento, la animacion y la vida. ¡Nada tan hermoso entónces como esas horas que preceden al crepúsculo! El sol desciende con majestad, tiñendo de rojo y oro las nubes y las crestas del monte, el abismo donde pronto ha de hundirse y las lejanas perspectivas que ofrecen nuestras montañas. Las verdes praderas que rodean la ciudad, los blancos caceríos de los pueblos vecinos, el Ajusco, el Tepeyac, las lomas de Santa Fé, todo aparece revestido de poético encanto y mágica galanura. El castillo de Chapultepec muéstrase gallardo sobre su pedestal de rocas y entre sabinos seculares, dominando como el orgulloso señor de una comarca aquellas fiestas de la tarde. Á sus piés se extiende el gran Paseo de Colon, con sus estátuas, sus amplias glorietas, sus árboles siempre frondosos, y sus banquetas bien alineadas y cubiertas de sombra. Centenares de carruajes circulan por sus avenidas, conduciendo en mullidos divanes á las familias más elegantes de México. En ta-

les momentos y ante cuadros tan hermosos, el ánimo se siente tranquilo y extasiado, y se establece una como secreta armonía entre los sentimientos del alma y las imágenes de la naturaleza. El gozo, la alegría, el amor, los anhelos y ensueños, todo se aviva y magnifica; nacen nuevas ilusiones, y la vida parece anunciarnos una série de inacabables venturas.

¡Bendita primavera que así calma los pesares de los hombres, y con sus pródigos dones nos hace soñar con la felicidad! ¡Bendita estación que da lozanía, y vida, y hermosura á la tímida doncella que languidece de amor, que enciende en sus mejillas el casto fuego del pudor cristiano, que tiñe de rosa los ensueños de su alma pura, y le ofrece en cada una de sus flores poéticos y expresivos emblemas de sus inocentes pensamientos! ¡Bendita primavera, que trae en las alas de sus brisas perfumes deliciosos, precursores de esos otros perfumes de la vida,—el amor, los recuerdos y la esperanza!



RECUERDOS DEL EVANGELIO.

I

ALLÁ, en Judea, en las risueñas campiñas regadas por el Jordan, en las esmaltadas praderas que perfuma la flor de Jericó, en las amenas orillas del mar de Galilea, en los callados montes y las tranquilas florestas; en aquellas ciudades del Oriente llenas de grandeza y de tradiciones sublimes, donde resonaron las voces de los profetas y gimieron Ezequiel y Jeremías,—la multitud sigue á un hombre de aspecto sencillo y majestuoso, que predica palabras de amor y de enseñanza que á todos consuelan. Viste la humilde y modesta túnica de los hebreos: son sus maneras de una naturalidad casi primitiva, tienen sus miradas una expresión de dulce ternura que no puede explicarse, y es su fisonomía espejo limpio de bondad y misericordia. Diríase que en la varonil belleza de ese hombre hay algo divino que lo hace extranjero en este mundo.

¿Quién es este varon que recorre sin cesar los lugares más apartados de Judea y que atrae cerca de sí á cuantos le ven? ¿Por qué todos

se sienten llenos de confianza á su lado y le contemplan con filial cariño? ¿Qué misterioso atractivo hay en su palabra, que al mismo tiempo que regala el oído, conmueve, cautiva y entenece los corazones? Ayer nadie le conocía; hoy todos le aman. Se ignora de dónde viene, no se sabe qué misión trae. Pero, ¿qué importa? ¡Ha hecho ya tanto bien, ha consolado tantos infortunios, ha devuelto el bienestar á tantas almas afligidas! . . . Su misión debe ser de paz, porque sus palabras envuelven conceptos que jamás se habían oído; ensalza la pobreza, aconseja el perdón, da confianza á los tímidos, enseña la bondad y la mansedumbre. Los niños se acercan á él para recibir sus caricias; los desvalidos le piden dulces consuelos y santas bendiciones; los ciegos y los paralíticos solicitan de su misericordia luz y movimiento, y los que han perdido á un ser querido van á donde está Jesús para pedirle en medio de amargo llanto, que le vuelva la vida y lo saque de la tumba. ¡Y los prodigios se cumplen! El pobre olvida su miseria, el ciego vé, los paralíticos andan, los muertos resucitan ¿Quién es, pues, este hombre? ¿Por qué las turbas lo aman como á un tierno padre? ¿Por qué lo buscan y lo ven como su único protector y amigo?

El pueblo, admirado y sorprendido, recuerda entónces las promesas de Jehová, aquellas promesas con que por muchos siglos le ha consolado en sus desdichas. Recuerda igualmente las solemnes palabras de los profetas de Israel, y por un poderoso instinto de sus almas sedientas de ventura, todos comprenden que aquel

varón es el Mesías por quien suspiraron los patriarcas, los jueces y los reyes; es el Cordero sin mancilla que esperó David; es el Salvador del pueblo de Dios y del mundo, que viene á aliviar las desgracias, á derramar por la tierra inefables consuelos, á abrir manantiales de pureza y de gracia para regenerar al pecador, á dar, finalmente, dicha eterna y dulcísima á las almas adoloridas que en Él creyeron y en Él esperaron. Aquel hombre es el Hijo de Dios.

II

Jesús nació en humilde cuna, y sólo los ángeles del cielo y los pobres de la tierra presenciaron la humildad del dichoso albergue de Betlem. Allí María, la más pura de todas las vírgenes, la criatura inmaculada que en los designios del Eterno fué destinada á ser la Madre de Dios, y recibió de Gabriel la sorprendente nueva; allí, en ese establo olvidado del mundo y despreciado de los hombres, María dió á luz al Verbo Encarnado que venía á salvar á los pecadores, al Señor que había creado los cielos y la tierra, las estrellas y los mares.

El inocente niño creció y vivió en la oscuridad y la pobreza; pero su venturosa Madre le vió desde sus primeros años discutiendo con los doctores del templo, é inspirado por su amor, le vió también hacer su primer milagro en las bodas de Canaan. ¡Ay! Aquel Hijo de sus entrañas no le pertenecía . . . Había bajado á la tierra enviado por su Padre, para que enseñara al hombre la nueva doctrina y le abriera con su

muerte en la cruz las puertas de la celestial Jerusalén.

Jesucristo dejó la morada en que se había deslizado su niñez, y fué al mundo para predicar por todas partes la verdad y explicar su divina ley: debía entrar á las ciudades, recorrer las aldeas, atravesar desiertos, y descansar á la sombra de las palmeras ó dormir á la orilla del torrente. María, entre tanto, queda sola, resignada con su aislamiento, obediente y humilde ante los decretos de su Señor. ¿Quién la acompañaría en su soledad, quién comprendería y aliviaría su tristeza? ¡Oh Virgen pura, cómo no amarte si áun ántes de la Pasión y Muerte de tu Divino Hijo, se sintió traspasado tu corazón por los dardos del dolor!

III

Jesús se había hecho hombre por amor á los hombres; y por amor á ellos debía igualmente sujetarse, como lo habían anunciado los profetas, á todas las amarguras, á todos los dolores, á todas las tristezas y penas encerradas en este valle de lágrimas. ¡Admirable prueba de amor que apenas puede concebirse por la limitada inteligencia humana! ¿Quién no se sorprende ante la humildad de este Justo, ante la complacencia inefable que siente su corazón cuando se somete á la ley común?

Comienza su vida pública pidiendo con sencillo candor al Bautista que derrame sobre sus sienas las aguas del Jordán, y en seguida se consagra á cumplir la misión que le ha dado su

Padre. ¡Qué vida desde entonces! El delicado perfume de la inocencia virginal de sus primeros años, había pasado sin ser notado por el mundo, y ahora era preciso que sus virtudes edificasen á los hombres y á los pueblos.

Humildad como la suya jamás se había visto en Judea; y su pobreza no podía compararse con la del más infeliz de la tierra. Aquella mansedumbre de sus ojos, aquella tierna y dulce expresión de sus miradas, aquel acento blando y amoroso de su voz que no podía olvidarse una vez oído, todo revelaba á la multitud el inmenso tesoro de amor y de bondad contenido en el corazón de Jesús. La sencillez de sus costumbres admiraba y confundía á cuantos las presenciaban, y era para los pobres y los humildes prenda segura del interés que le inspiraban. Porque Él no buscaba la compañía de los poderosos, ni se detenía en las ciudades, ni se acercaba jamás al dintel de palacios ostentosos; ántes al contrario, amaba el campo, la soledad de su retiro, el silencio de los desiertos, las sosegadas orillas de los lagos. Agradábase verse rodeado de niños inocentes ó de huérfanos desvalidos; llamaba cerca de sí á los desamparados, y gustaba de la conversacion de los que tenían una alma sencilla y candorosa. La casa del pobre era su único refugio.

¡Cuántas veces las floridas márgenes del mar de Galilea le vieron en medio de una turba numerosa, prodigando palabras de enseñanza! ¡Cuántas veces también, á la caída de la tarde ó al suave resplandor de la luna, iba Jesús por caminos solitarios, seguido de sus discípulos,

como un padre acompañado de sus hijos! Y unas veces reclinado en la barca de Pedro, otras en las calles y alrededores de la ciudad; ya en el ameno campo del labrador, ya en la morada humilde del huérfano; en fin, donde quiera que Él estaba, tenía siempre para todos consuelos dulcísimos y promesas de ventura, que hacían dichosos á cuantos creían en su palabra. *Hacia el bien por donde pasaba*, dice el Evangelista.

IV

¡Oh pueblo ingrato, que has tenido la dicha de abrigar en tu seno al Redentor de la humanidad! ¡Oh pérfida muchedumbre, que acompañaste tantas veces á Jesus en sus peregrinaciones por el desierto! ¡Oh corazones volubles, que hallásteis el consuelo en la predicacion de este Justo! ¿Por qué habeis perdido la fé, por qué dudais?

Ayer, todavía ayer resonaban por los aires gritos de entusiasmo y de júbilo. El Hijo de David encontraba á su entrada en Jerusalem alfombras de flores, palmas de triunfo, corazones que latían de piedad y de amor, rostros risueños que se animaban con su sola presencia. Y hoy. . . . ¿qué son esos gritos de muerte que se oyen frente al palacio del gobernador de Judea? ¿Qué quiere esa muchedumbre que se agita, ébria de sangre, de desórden y de maldades?

El pueblo judío no quiere ya ver en aquel manso Jesus al prometido de Israel, al Rey que anunciaron los profetas, al Hijo de Dios que

debía bajar de los cielos. ¿Dónde están sus ejércitos, dónde su poder, dónde aquel cetro que ha de dominar al mundo? ¿Cuáles son las hazañas de este Rey que se presenta solo en medio de su pueblo, rodeado de pobreza, y que en vez de prepararse al combate, se sienta á conversar sobre el reino de Dios con los pobres y los desgraciados?—¡Jesus, grita el pueblo enfurecido, es un impostor, y debe morir! ¡Que muera crucificado!

¡Oh ceguedad humana, oh maldad inaudita! Jerusalem, Jerusalem, ¿cómo has podido olvidar tan pronto la palabra serena, tranquila y amorosa de este hombre que todo lo perdonaba? ¿Ya no recuerdas que Él ha enseñado á olvidar las injurias, á amar á los enemigos, á hacer el bien sin ostentacion ni vanidad? ¿No es Él quien ha edificado á la multitud con el ejemplo de sus virtudes? Ese para quien hoy pides la muerte, despues de haberle recibido con palmas y laureles, es el que ha consolado el infortunio, el que ha dado abrigo al huérfano, el que ha enjugado muchas lágrimas, el que ha venido á establecer una ley que será por los siglos de los siglos la salvacion de la humanidad. Él regeneró á Magdalena, sacó á Lázaro y á la hija de Jairo del sepulcro, perdonó á la mujer adúltera y quitó á la muerte su poder. ¿Por qué hoy quieres que muera? . . .

V

El sacrificio va á cumplirse, y pronto las promesas del Dios de Israel y los anuncios de los profetas quedarán sellados para siempre con la sangre del Cordero Inmaculado.—¿Qué falta ya?

Jesucristo ha sembrado en el entendimiento de rudos pescadores y en el corazón sencillo de algunos hijos del pueblo, la semilla fecunda de su divina doctrina: ella fructificará, regada por su sangre y por sus lágrimas, para que sea árbol frondoso que dé sombra al universo. El ejemplo de su vida, la eficacia de sus conceptos, el recuerdo de los padecimientos que tuvo en la tierra para redimir al hombre, jamás se olvidarán, ni se borrarán nunca de los anales del género humano.—Aquí queda ya una Ley Nueva, en la cual la virtud tiene un premio, el sacrificio una recompensa, el entendimiento una luz purísima é inextinguible que le guiará á través de las tinieblas, el corazón un manantial de nobles aspiraciones, la desgracia una esperanza y un consuelo; Ley, en fin, en que se encierra la dicha que Dios concede al hombre en esta vida y en la que la ha de seguir.

Todo queda santificado en ella. Los beneficios de la Redención se extenderán por el mundo como las olas de un inmenso océano, y millares de apóstoles y discípulos sellarán con su sangre la predicación de esa celestial doctrina. La familia va á quedar constituida, la mujer saldrá de su abyección para ser la reina y señora

del hogar, y los pueblos todos florecerán al amparo del Evangelio, que les abrirá horizontes de luz y de ventura.

Instruida ya la humanidad en esta Ley Santa, Jesús debe consumir su obra muriendo en el Calvario.

VI

Allí está, clavado en ignominiosa cruz, lleno su cuerpo de heridas, cubierto de sangre, rodeado de infame muchedumbre que no se atreve á proclamar su triunfo. ¿Quién le acompaña en su agonía, quién ha enjugado su rostro, hácia quién vuelve los ojos?

Los que ayer le llamaban Maestro han huído, los que de Él recibieron consuelos le han abandonado, los que le deben la salvación y la vida no se atreven á presentarse en aquella sangrienta y dolorosa escena. Sólo María, la Inmaculada Virgen que llevó á Jesús en sus entrañas, y vive todavía para recibir en aquellos momentos la corona del martirio; sólo Magdalena, que recibió del Salvador el perdón de sus pecados, y Juan, el discípulo amado, el tierno amigo de Jesús, están allí para recoger sus últimas palabras, sus últimas miradas y sus postreros suspiros.

¿Quién no ve en esa agonía la agonía del Justo de los justos, y en ese cuadro el desenlace de un drama que sólo el Eterno pudo concebir? ¿Quién no ve en esa muerte la muerte de un Dios?

Es la hora en que el sol derrama sobre la tie-

rra sus más ardientes rayos. Los animales han huido á sus cavernas, los campos están desiertos y tristes, la tórtola gime solitaria en el escaso follaje de los árboles.... Todo calla y desfallece, como si estuviera próxima alguna catástrofe.

El Mártir de la Cruz inclina la cabeza; muévase lentamente sus labios, y por última vez salen de ellos palabras de amor y de perdon. Su último suspiro es un suspiro de misericordia.



MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

I



MAÑANAS de Abril y Mayo! ¡qué bellas son en nuestro valle de México! ¡qué sucesion de magníficos cuadros se presenta á la vista del observador amante de la naturaleza! El cielo sereno y despejado; el horizonte limitado por azules montañas; la extensa campiña sembrada de pueblecitos y de jardines, de palacios, de quintas y de casas de recreo; por todas partes hermosos paisajes, perspectivas encantadoras, florestas deliciosas, risueños y misteriosos retiros que convidan á la felicidad con su silencio y su apartada soledad.—A la hora en que las flores abren su broche para perfumar el ambiente, la ténue claridad del alba anuncia en el Oriente la proximidad del nuevo día; y entonces las aves cantan regocijadas en sus nidos y comienza el concierto animadísimo de la mañana, alegre, entusiasta cual ninguno; las estrellas del cielo palidecen y se ocultan; tíñese de grana la cándida nieve del Popocatepetl y del Ixtacihuatl; huyen por el ancho firmamento las lige-

ras nubecillas, sonrosadas y humildes como niñas á quienes fuera á sorprender un gran señor; y en la tierra todo despierta, todo se mueve, todo aparece revestido de nueva vida y hasta de nuevos colores. Más blancos y gallardos parecen los edificios, más clara y trasparente la atmósfera, limpio y purísimo el follaje de los árboles, y el azul de las lejanas montañas se ha convertido en un morado oscuro, que al recibir las primeras tintas del sol naciente produce extraños y variados matices. Sobre la alfombra de los campos brillan en confuso desorden las gotas de rocío, y se apagan, se multiplican ó se mueven como un enjambre de insectos de cristal, inquietos é irritados.

En los alrededores de la ciudad, en San Cosme, en Chapultepec, en las calzadas del Paseo, y áun en la misma Alameda, es encantador el aspecto que presentan las risueñas mañanas de Abril. Véanse allí ligeros y gallardos ginetes, bellas y graciosas amazonas que animan el magnífico cuadro, ora haciendo alarde de su habilidad en el arte, ora travesando con sus compañeros en momentos de confianza y alegría, ó ya recorriendo simplemente aquellas pintorescas soledades. Se ven también algunas simpáticas parejas á pié, conversando en el seno de la más franca intimidad, tal vez haciendo recuerdos de la niñez y de la infancia, de los primeros inocentes amores, de la amada y lejana patria,—los que no han nacido en esta tierra de bendición y de cariño. ¡Qué agradables son estos paseos, cuando la amistad y un tierno afecto les dan sus atractivos! ¡Cuánto se goza con es-

tas distracciones sencillas, con estas horas de aire fresco y puro, con estos regocijos de la mañana y de la naturaleza! Parece que nuestra alma se reanima y vivifica; que nuestro corazón se abre á las más dulces afecciones de la vida, que nuestros sentimientos se suavizan y fortalecen, que nuestra imaginación, en fin, se enciende y adquiere bellos colores, para hermosear todos los cuadros de nuestra existencia. ¡Ah! ¿quién no piensa en el amor y la felicidad al ver retratados el contento y el sosiego en los semblantes de los que allí se pasean? ¿Cómo no acariciar inmediatamente hermosos ensueños de ventura, ante dos jóvenes esposos que van á aquellos lugares, y hablan de su amor y de su dicha?

II

Uno de los más gratos atractivos que para muchos tienen estas excursiones matinales, es sin duda el que ofrecen las bellas amazonas mexicanas. Ellas, tan esbeltas y graciosas, ¿cómo no han de verse bien con el traje de montar? ¿cómo no ha de haber donaire y gentileza en sus movimientos? Vestidas de fresca y morena holanda, sonrojadas sus mejillas por las caricias del airecillo de la mañana, encendidas sus miradas por cierta infantil alegría, ó animadas tal vez por el candor virginal de sus primeros amores, ¿á quién no cautivan? ¿Quién resiste á sus gracias?—Y ciertamente, dejando aparte todo lo que esto pueda tener de poético, creo que nada hay tan á propósito para la salud y mayor

belleza de las jóvenes de nuestra sociedad, que la vida un poco agitada por los ejercicios físicos en el campo: su naturaleza se desarrolla prontamente, adquieren agilidad sus movimientos, se purifica la sangre al influjo de los aires frescos y sanos, y léjos de palidecer los colores del rostro, se limpian y se avivan más y más. ¿Por qué no adoptan las señoritas este género de vida? Permaneciendo siempre encerradas en sus casas, sin salir, visitando únicamente las tiendas de modas y los cajones de ropa, marchitan su existencia, se entristecen y fastidian, pierden su color y su salud,—y luego vienen la anemia y la clorosis á enflaquecerlas, debilitarlas y matarlas. Pónense como las flores que se cultivan en las macetas: el sol las maltrata, el aire las molesta, están delicadas y mústias, y nada pueden resistir. De aquí que una indisposicion cualquiera las destruya en unas cuantas horas; de aquí esas enfermedades de nervios, de la sangre, de falta de apetito y de sueño; de aquí tambien que á algunas se les agrie el carácter, que sean por esto inconstantes y caprichosas, que de todo se fastidien y lo vean con desden ó indiferencia. Siendo su vida monótona, se habítúan á ella y huyen del movimiento.

No todas han de creer esto que digo; pero es la verdad. La vida física influye mucho, de una manera poderosa y acaso decisiva, en la vida moral: si somos perezosos para obrar, lo serán tambien nuestro entendimiento y nuestra imaginacion para pensar y concebir; si nuestro cuerpo está débil y enfermo, lo estarán igualmente todas nuestras facultades: si á causa de una in-

quietud continúa y prolongada son torpes nuestros movimientos, nuestro carácter se resentirá de cierta acritud, de cierto fastidio y aspereza desagradables.

Importa, pues, adoptar y seguir puntualmente un régimen que aleje todos esos males; un régimen higiénico propio para el desarrollo físico y que haga desaparecer la blancura mate de las jóvenes en esa encantadora edad en que, como dice un escritor, “truécase la crisálida en mariposa, la niña en mujer, y se entrega á los halagos de suaves ensueños, de vaga dicha y de fantástico amor.”—El movimiento, y no el reposo; largos paseos al aire libre por nuestras extensas calzadas; respirar el fresco y perfumado ambiente matinal, á horas en que el sol no caldea la atmósfera todavía; y sobre todo, buscar con frecuencia los placeres de la equitacion, como se hace en Inglaterra, Francia y otros países donde se cuida de la educacion física á la par de la moral: hé aquí los medios que deben procurarse para adquirir el vigor, la frescura, y hasta el donaire propios de la edad.

Acaso repugnará á la timidez y modestia de nuestras jóvenes esa vida que la higiene les aconseja; su encantadora delicadeza é instintiva pulcritud las hará huir de los ejercicios á caballo; temerán que estos animales sean briosos con ellas y que las fatigas de la equitacion las perjudiquen. Pero no haya temores: decision es lo que se necesita, y ya irán viendo que vivían engañadas. El tiempo convida á prolongados paseos matinales, á juegos y conversaciones al aire libre, á inocentes carreras y travesuras como en

la niñez. ¡Que vuelvan los tiempos de la expansión y la alegría, de los regocijos infantiles y la tranquila dicha! Dejen nuestras jóvenes de ser señoritas en las primeras horas de la mañana y vuelvan á ser niñas: vayan á los paseos, ríen, corran y derramen á su derredor miradas y sonrisas.—De este modo agregarán atractivos y darán mayor encanto á las mañanas de Abril y Mayo.



PÍO IX.

Escrito el 21 de Febrero
de 1878.

I

SE ha confirmado la noticia de la muerte de Su Santidad el Sr. Pío IX; y las señales de duelo dadas estos días por la sociedad mexicana, no son, en mi sentir, simples demostraciones de pesar, hijas del vivo sentimiento religioso que reina entre nosotros; sino que son también claros testimonios del amor que aquí se tenía al varón justo y de alma fuerte sentado en la silla de Pedro; al anciano venerable cuya vida se deslizaba en medio de amarguras y tristezas íntimas, por más que todo estuviese suavizado por las dulzuras de la virtud, y los celestiales consuelos de la resignación. ¡Ah! ¿por qué era tan interesante para la humanidad aquel hombre cargado de años que gemía tristemente allá en las soledades del Vaticano? ¿Qué tenía de más para la mayor parte de los hombres aquel rey destronado, á quien sin embargo todos los soberanos atendían y respetaban?